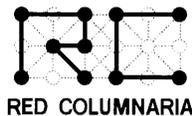


JOSÉ JAVIER RUIZ IBÁÑEZ
y BERNARD VINCENT
(coords.)

*Refugiados, exiliados
y retornados en los mundos
ibéricos*
(*Siglos XVI-XX*)



SUMARIO

- Introducción. Por una historia de los refugios en los mundos ibéricos.*
BERNARD VINCENT (EHES) y JOSÉ JAVIER RUIZ IBÁÑEZ (Universidad de Murcia)..... 9

Primera parte

CUIUS REGIO, EIUS RELIGIO

1. *Huir y volver durante la guerra de Flandes (1566-1609).* YVES JUNOT (Université de Valenciennes - Université Polytechnique Hauts-de-France) y VIOLET SOEN (KU Leuven)..... 29
2. *El camino al desierto: el exilio inglés en el Largo Siglo XVI y el triunfo de la fe sobre la dinastía.* GLYN REDWORTH (University of Oxford)... 55

Segunda parte

LAS EXPULSIONES Y LAS CRIPTOCOMUNIDADES DEL SIGLO XVI AL SIGLO XVIII

3. *Exilios por la religión en la Alemania de la Reforma.* MARCO PENZI (IHMC, UMR 8066) 69
4. *De la experiencia del exilio a las primeras expulsiones: los misioneros jesuitas en Japón (siglos XVI-XVII).* HÉLÈNE VU THANH (Université de Bretagne-Sud)..... 91
5. *La radicalización de los exiliados: ideologización creativa y acción violenta de los ingleses e irlandeses en la Monarquía Hispánica.* IGOR PÉREZ TOSTADO (Universidad Pablo de Olavide) 109
6. *Guerras y religión en los tiempos del «Diluvio»: exilios, expulsiones y conversiones en Polonia-Lituania (años 1640-1660).* LAURENT TATARENKO (École Française de Rome, Italia) 145

Tercera parte

LOS MORISCOS: EXPULSIÓN Y RETORNO

7. *La expulsión de los moriscos: el triunfo de la razón de Estado.* RAFAEL BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO (Universidad de Valencia)..... 175

8. <i>Los exiliados del sultán: exilios desde el mundo otomano y norteafricano.</i> MIGUEL ÁNGEL DE BUNES IBARRA (IH-CSIC)	195
9. <i>Tránsitos y exilios moriscos: individuos, grupos y comunidades.</i> LUIS F. BERNABÉ PONS (Universidad de Alicante)	215
10. <i>La expulsión de los moriscos del Valle de Ricote.</i> BERNARD VINCENT (EHES).....	241
11. <i>La expulsión de los moriscos en la literatura. El caso de Ricote.</i> FRANCISCO RICO (Universidad Autónoma de Barcelona) y DANIEL FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (Universidad de Valencia)	277
12. <i>La «Huida a Egipto» y advertencias sobre su representación en el Barroco hispánico: Podrá pintar cada uno, con algunas pías consideraciones, a su modo.</i> CONCEPCIÓN DE LA PEÑA VELASCO (Universidad de Murcia)	297

Cuarta parte

LA IRRUPCIÓN DE LOS EXILIOS MODERNOS Y EL SIGLO XX

13. <i>De la revocación del Edicto de Nantes a la guerra de Sucesión española y sus exilios (1685-1714).</i> JOAQUIM ALBAREDA SALVADÓ (Universitat Pompeu Fabra)	347
14. <i>Los estrangeirados: aproximación a una comunidad retroimaginada.</i> RUI TAVARES (Centro de Estudos Internacionais, ISCTE/Instituto Universitário de Lisboa).....	373
15. <i>Revoluciones, exilios y proceso de independencia, 1789-1822.</i> LAURA DE MELLO E SOUZA (Université Sorbonne).....	391
16. <i>Caminos de lágrimas, viajes de orden suprema y políticas de puertas cerradas. El Estado nacional y sus exilios, siglo XIX.</i> ERIKA PANI (El Colegio de México).....	403
17. <i>La cosmovisión de un indiano: los jardines de El pasatiempo en la Galicia de 1900.</i> JOSÉ MARÍA CARDESÍN DÍAZ (Universidade da Coruña)..	425
18. <i>Dictaduras, procesos de expulsión y exilios: Europa y América Latina.</i> CARMEN GONZÁLEZ MARTÍNEZ (Universidad de Murcia) e IGOR GOICOVIC DONOSO (Universidad de Santiago de Chile)	449
<i>Reflexiones finales.</i> JOSÉ MIGUEL ABAD GONZÁLEZ (Universidad de Murcia-Red Columnaria, IES Dr. Pedro Guillén, Archena-Murcia)	495
<i>Índice general</i>	505

INTRODUCCIÓN:
POR UNA HISTORIA DE LOS REFUGIOS
EN LOS MUNDOS IBÉRICOS¹

BERNARD VINCENT
EHES, Francia

JOSÉ JAVIER RUIZ IBÁÑEZ
Universidad de Murcia

La imagen que sirve de portada para este libro, la «Huida a Egipto» del *Belén* de Francisco Salzillo, introduce un elemento que bien puede presidir estas páginas. Incluso en una representación tan popular y tan central de la cultura occidental del sur de Europa y su expansión atlántica como son los nacimientos, hay un espacio para incorporar un hecho dramático como es de los refugiados. La «Huida», intrínsecamente unida a la «Matanza de los Inocentes», otra imagen clásica de los pesebres, presenta al espectador, infantil o adulto, un hecho incontrovertible: hasta la misma Sagrada Familia había sido en un momento clave perseguida y había encontrado en el refugio su propia salvación. Por si fuera poco, la «Huida» también recordaba un matiz que no podía pasar desapercibido para los espectadores cultos de estas representaciones, como era la inversión coyuntural de los lugares de salida y destino. Si, en el Antiguo Testamento, el reino del faraón había sido tierra de opresión y tiranía de la que el «pueblo elegido» logró salir con ayuda de Dios, ahora ese mismo Egipto era representado como una bendita tierra de esperanza, de promisión, de seguridad y de libertad para ese mismo Dios.

Expulsados por cientos de miles, judíos y musulmanes abandonaron la península ibérica en una decena de años, de 1492 a 1502, y a ellos se sumaron otros muchos musulmanes que, desde la Corona de Aragón, siguieron ese mismo camino de salida entre 1524 y 1525. Muchos salieron, muchos quedaron y muchos volvieron; algunos cambiarían de identidad, otros buscarían confundirse en la masa y otros adoptaron tácticas camaleónicas para intentar coexistir con una sociedad que les reprimía,

¹ El presente texto ha sido desarrollado en el marco de los siguientes proyectos de investigación: «Hispanofilia III: La influencia ibérica en su contexto político, siglos XVI-XX», Ministerio de Economía y Competitividad, Código HAR2014-52414-C2-1-P, y «Columnaria I. Comprender las dinámicas de los Mundos Ibéricos», Fundación Séneca. Agencia de Ciencia y Tecnología Región de Murcia, Código 19247/PI/14.

pero conservando en todo o en parte sus propios rasgos culturales y religiosos originales. La profunda herida que trajo estas expulsiones en la sociedad ibérica ha dado lugar a una abundantísima bibliografía plenamente justificada; la integración de los judeoconversos, mucho más que la de los conversos del islam, atrajo y atrae por todo tipo de motivos las reflexiones sobre la España de los siglos modernos, elevadas en no pocas ocasiones a medios para intentar comprender su esencia misma.

La suerte historiográfica de ambos exilios, cuyo análisis excede estas páginas, invita a hacerse muchas preguntas sobre nuestra percepción de los exilios, los refugios y los retornos. Hasta qué punto el contexto cultural y la tradición misma han condicionado la visibilidad o no de una comunidad desterrada y, en consecuencia, los historiadores han actuado como tales o más bien se han situado en el confortable medio de la moral y en el saludable espacio de la genealogía, territorios ambos sin duda beneméritos, pero un tanto lejanos de lo que debería ser una ciencia histórica crítica que busque comprender los mecanismos del pasado y no convertirlo en un presente imperfecto, en la sombra de nuestros propios ideales de cómo debe ser la justicia, la sociedad y la política.

El caso de los grandes destierros de principios de la modernidad ibérica resulta particularmente chocante. Pese a que ambos nacen en un contexto similar, tienen magnitudes muy importantes, son desarrollados por la misma autoridad y tienen al menos en parte los mismos espacios de refugio; uno, el judío, ha dado lugar a una gran tradición de estudios y el otro, el musulmán, ha atraído menos la atención hasta fechas recientes. Los elementos que explican esta diferencia son, en parte, endógenos a la propia dinámica de los exiliados: si la comunidad se consolida como tal y se prolonga en el tiempo, habrá una continua retroalimentación y reapropiación de la memoria doliente. Pero también le son externos y tienen que ver con los procesos culturales de definición del presente, que busca en el pasado antecedentes que legitimen las vías elegidas. Parece lógico que, en el siglo XIX, el de la emancipación de los judíos en Europa y el del surgimiento del individuo como sujeto activo, un exilio como el de los hebreos españoles atrajera mucho más la atención, mientras que no lo hiciera el de los musulmanes. Pero de ser así, y así parece ser, de nuevo estaríamos, al menos en parte, en el espacio de la genealogía, la pervivencia de la memoria, de la moral y de la pertinencia del recuerdo.

La visibilidad o no de un exilio no es un elemento intrascendente a la hora de construir un discurso histórico del pasado. No hay que olvidar que la narrativa de los historiadores, y aún más su vulgarización, se sostiene en no pocos lugares comunes. Vistos así, los grandes hechos históricos definen «moralmente» a las sociedades y son instrumentos probatorios de un relato unitario, coherente, comprensible, que es oficial o que pretende llegar a ser normativo. Los exilios y los refugios, una prác-

tica común a lo largo de la historia, dejan de ser acontecimientos a estudiar en contextos generales para comprender mejor dichos contextos, y pasan a ser iconos inconmensurables, objetos de estudio en sí mismos y fuente de legitimidad presente para las propias aspiraciones.

La cuestión no es si tal o cual vía de aproximación a los exilios es más o menos oportuna, dado que la apropiación del pasado tiene múltiples facetas, que muchas de ellas son voluntaristas y que no pocas implican una fuerte carga moral y política. La cuestión debería ser si una aproximación u otra es más eficiente para comprender ese pasado, al menos en lo que se pueda comprender. Este punto es decisivo ya que, por mucho que se siga postulando la fragmentación posmoderna del discurso histórico y la necesaria empatía con el objeto, creemos que dichos postulados contribuyen a desnaturalizar el conocimiento histórico riguroso y, en consecuencia, son cualquier cosa menos eficaces para reflexionar sobre el pasado en y desde sus múltiples complejidades, legitimidades y subjetividades.

El problema es que, para el caso de los exilios, los dos elementos referidos (la afirmación de una inconmensurable singularidad y la necesidad de la empatía) ya han estado presentes previamente y sin necesidad de formar parte de un programa cognitivo. Dicho con otras palabras, los efectos de disolución y distorsión voluntarista del discurso histórico en narración emotiva, que hoy vemos como pobres resultados de la posmodernidad, ya lastraban en gran parte la comprensión de los exilios y la comprensión *a través* de los exilios. Todo ello no es casual, ya que la genealogía (y las diversas formas del *deber* de memoria) en realidad es una expresión de empatía en la que la singularidad viene dada por la aproximación moral hacia el pasado que identifica, más bien proyecta, de forma arbitraria aquellos elementos que confirman un discurso, en gran parte, preestablecido.

El resultado parece claro: si un exilio es considerado digno de ser estudiado, pasa a ser un sujeto en sí mismo y se convierte casi *ipso facto* en un argumento omniexplicativo de una sociedad tanto de salida como de refugio. Este punto de vista hace que se considere ese exilio como *el* exilio y casi todas las historiografías nacionales cuentan con uno o dos sobre los que basculan los proyectos políticos ligados a la construcción nacional o a la afirmación del progreso propios del siglo XIX. Los refugios cuentan además con una poderosa capacidad de atracción e identificación evocativa, en tanto que son expresiones de proyectos que «pudieron haber sido» y con el carácter sufriente de sus protagonistas; dotados de tales características, parecen el espacio simbólico ideal donde situar una reivindicación contemporánea.

Pero claro, si el historiador deja la prioridad del análisis a la moral y a la genealogía, el estudio de exilios y refugios están condenados a ser la

simple proyección del presente, en tanto que su utilidad comprensiva se limitará a confirmar los presupuestos éticos del mundo actual. Desde esta perspectiva, baste con ver que hay exilios que son dignos de análisis y otros no, y el ejemplo de las grandes expulsiones del principio de la modernidad creemos que son elocuentes. Si analizamos las grandes narrativas históricas de Europa occidental hasta las últimas décadas (en Francia, Inglaterra, Portugal, Alemania, Países Bajos, Bélgica...), encontramos sin demasiada dificultad la dicotomía entre la vitalidad de estudios sobre unos refugios y la ausencia de trabajos sobre otros que le son contemporáneos. Ideología, identificación moral o religiosa, falta de interconexión entre historiografías, tradición académica o, lo que es incluso peor, simple rutina, han contribuido a la consolidación de escolásticas sobre unos objetos y a la ocultación de otros, no por haber una política conspiratoria, sino por haber sido considerados estos como poco significativos para su estudio.

El volumen publicado en 2015 en esta misma colección con el título *Los exiliados del rey de España* ya mostraba los límites de la visión habitual construida sobre la historia de la península ibérica en los tiempos modernos no como un, sino *el*, ámbito *natural* de expulsión resultado de una cultura fundada *esencialmente* en la intolerancia. Esta afirmación es la proyección de un discurso liberal decimonónico que se funda en la constatación objetiva de la existencia de las expulsiones del mundo hispano, pero que lo hace sin tener en cuenta dos elementos complementarios. El primero es que solo se puede comprender el sentido de una sociedad excluyente si, como se hace en el referido libro, se recuerda que era al mismo tiempo una sociedad de recepción de refugios; el segundo es que la dinámica de expulsión-acogida no fue ni mucho menos exclusiva de los mundos ibéricos. Teniendo en cuenta ambos elementos parece quedar claro que la visión final que se había dado de esos espacios incluía afirmaciones de esencialidad y naturaleza que no nacían completamente de la investigación, sino de los programas desde donde esta se formulaba y que se veían confirmados por ella. Y esto que sucede en el caso hispanoportugués se podría ampliar a otras épocas, a otros países, a otros contextos, pero también puede invitar a una reflexión sobre para qué sirve la especialización en la historia. Dos opciones se abren ante el investigador, aunque en no pocos casos este no sea plenamente consciente de ello. Por un lado, la especialización es un instrumento necesario para poder interpretar el conjunto de la realidad a partir de un punto de vista denso que es conscientemente propio y voluntario, pero en el que la finura del análisis hace que su comprensión pueda ser mucho mayor; en este caso, el historiador asume que dicho elemento es simplemente la expresión de una globalidad, por lo que su contexto y sus lazos con la misma son altamente condicionantes. Es a esa globalidad a donde se quiere